

pal problema que se encuentra la Iglesia en Chile —como en otros lugares de América— no va a ser tanto la incapacidad aparente o rudeza de los indios, sino la falta de pastores, su mala distribución, o su deficiente preparación, o —en algunos casos— su poca santidad de vida. Porque, en verdad, eran miles los sacerdotes y misioneros santos que entregaban su vida silenciosamente en la tarea de la evangelización y eran, por ello, el gozo y la corona de los Obispos. A ellos van dirigidos muchos de los cánones y capítulos de estos Sínodos. El resto de lo tratado se refiere al pueblo indio, recordándole sus deberes y, finalmente, a los españoles, que debían de ser como el fermento en aquella sociedad cristiana que se estaba implantando.

Pensamos que una lectura atenta y detenida de esta fuente proporciona muchas pistas para trabajos de investigación: uno muy importante sería mostrar cómo el interés de la Corona y de la Iglesia no era adquirir unos territorios y explotarlos —llegando a la expoliación—, como si de construir una sociedad civil se tratase; sino más bien, y esto nos parece palmario, construir e implantar una sociedad cristiana con todas las consecuencias, donde el indio fuera un fiel hijo de la Iglesia como lo eran los vasallos de Castilla.

Felicitemos de nuevo a los profesores García y García y Santiago Otero y esperamos que continúe la aparición de volúmenes de esta colección que llenará muchas lagunas, en cuanto a fuentes para la historia de la Iglesia se refiere.

JOSÉ C. MARTÍN DE LA HOZ

Ambrose MACAULAY, *Dr. Russell of Maynooth*, London, Darton, Longman and Todd, 1983, 338 p., 14,5 x 22,5.

Charles Russell (1812-1880) es el segundo ilustre eclesiástico irlandés del siglo XIX cuya biografía ha aparecido en 1983. Paralelamente se publicaba en Canadá la del gran arzobispo Paul Cullen, escrita por Desmond Bowen (Cfr. *Scripta Theologica* 16, 1984, 988s.). El justificado interés por la historia de la Iglesia católica en Irlanda durante el pasado siglo ha producido obras de envergadura como la de E.R. Norman, *The Catholic Church and Ireland in the Age of Rebellion 1859-73*, London 1965. Unido ahora al resurgimiento general biográfico, el mismo interés comienza a empujar con éxito la investigación sobre los protagonistas de una historia que se desarrolla en todo momento a un alto nivel de intensidad.

El autor, que ha estudiado en Universidades romanas y es en la actualidad capellán de la Queen's University de Belfast, ha escrito un libro que deberán tener en cuenta no sólo los interesados en la historia eclesiástica de Irlanda sino también los estudiosos de Newman.

Estamos ante una excelente biografía que sin alardes retóricos, panegíricos ni acentos partidarios, nos presenta de modo convincente la suave figura de Russell, perfectamente enmarcada en los acontecimientos que le correspondió vivir y con gran frecuencia padecer. No es que Russell haga una personalidad doliente, pero el siglo XIX irlandés constituye una escalada de tensiones y drama a los que ningún hijo de la sufrida nación podía ni quería escapar.

El libro, compuesto en base a numerosas fuentes inéditas, se divide en nueve capítulos. La exposición adopta un criterio en parte cronológico y en parte temático, porque muchas de las actividades de Russell se desarrollaron simultáneamente a lo largo de extensos períodos de tiempo. Así ocurrió, por ejemplo, con su trabajo de formación y gobierno en el Seminario de Maynooth, la colaboración en la *Dublin Review* y las investigaciones de historia eclesiástica.

El autor consigue describir con gran acierto el carácter de Russell, creyente y educado, cortés y agradable, reflexivo y sereno, diplomático, conciliador y tolerante, tímido y amante del estudio y de la vida tranquila. Aunque se dedican algunas páginas finales a diseñarlo, el talante de Russell ya se ha dado a conocer al lector, que ha podido verlo en acción desde variadas perspectivas a través de sus cartas, sus libros y ensayos, y sobre todo sus reacciones ante sucesos y personas.

El rigor y la imparcialidad del relato permite que hablen los hechos con claridad y que las personas se contemplen con ojos ecuánimes. Hay que agradecer al autor la ponderación de sus juicios sobre hombres que, según los libros que se lean, son objeto habitualmente de sorprendentes genuflexiones o de críticas despiadadas e injustas. En este libro se trata con respeto y verdad a gente tan distinta como los arzobispos Wiseman (cfr. pp. 30 s., 215,240 s.), McHale (cfr. pp. 100 s.), Cullen (cfr. pp. 100 s., 111,114), Manning (cfr. pp. 198 s.) y el político Daniel O'Connell.

Se trata incluso a Lord Acton con una indulgencia que a muchos parecerá inmerecida, sobre todo cuando el autor nos informa de cómo el famoso historiador liberal y católico usó con eficacia sus conexiones eclesiásticas para ser elegido diputado (cfr. p. 189) y para ganar acceso privilegiado a los Archivos Vaticanos en 1864 (Cfr. p. 260). Lo cual no le impedía denigrar a Pío IX y al Concilio Vaticano I y hacer en 1874 causa común con Gladstone en el injusto ataque de éste a los católicos ingleses.

La lógica y justa simpatía hacia su biografiado no es obstáculo a Macaulay para sugerir, pues no llega nunca a resaltarlos, los defectos y puntos oscuros de Russell, entre ellos su resistencia a aceptar cargos eclesiásticos de responsabilidad por el esfuerzo que suponían, su discreta pero real anglofilia —asunto serio en un irlandés de su tiempo—, y su falta de ayuda a la Universidad católica de Dublín.

El capítulo III, que se ocupa de las relaciones de Russell con Newman está lleno de aciertos y de datos interesantes que convergen con los de la *Apología* y las Cartas del converso inglés.

JOSÉ MORALES